

Desquiciados, pero no dementes

Por Jaime Guzmán

Cada vez que un acto terrorista remece al país surge la tendencia de atribuirlo a personas "dementes". ¿Quién puede ser capaz de las crueldades extremas del terrorismo, en que además el victi- mario ni siquiera suele conocer la identidad de su o sus víctimas? El impulso a responder que sólo un "demente" resulta ex- plicable, pero -a mi juicio- encierra un peligroso error.

Clarificar el punto me parece particularmente oportuno, cuando Chile ha debido lamentar la semana pasada una nueva víctima del terro- rismo, el sargento de Carabineros Luis Rival, muerto a consecuencia del alevoso atentado con explosivos contra un bus policial acaecido pocos días antes.

El demente o loco no es sujeto de responsabilidad moral ni legal. Sus actos no le son imputables. De ahí que no procedan a su respecto ni el castigo ni el reproche. A lo más, sólo la legítima protección de una sociedad que se ve constreñida a encerrar a quien tiene sus facultades mentales perturbadas, si ello amenaza al cuerpo social.

¿Cabe aplicar estos parámetros al terrorismo? Reflexionemos brevemente sobre la materia.

El terrorismo supone y demuestra una vasta y eficiente red organizativa, provista de abundantes recursos financieros y de sofisticados centros de entrenamiento. Sólo así logra concebir y ejecutar sus audaces acciones criminales, guareciendo luego a sus autores para la continuidad de su tarea.

De otra parte, los blancos del terrorismo no



son caprichosos ni arbitrarios. Se escogen prolija- mente para des- truir las bases de la convivencia ci- vilizada, ya sea generando inse- guridad constante

en el ciudadano medio, o bien afectando a institu- ciones que simbolizan el orden social que se aspira a destruir.

Por último, adiestrar a un terrorista no implica únicamente instruirlo en aspectos técnicos. Su eficacia exige -sobre todo- fortalecerlo en convicciones desviadas, a través de una sistemática e implacable pedagogía del odio.

Todo está pensado, planificado y realizado con inteligencia y frialdad. Ciertamente, ello consti- tuye el fruto de mentes desquiciadas, pero **no por la demencia sino por la maldad**. Por ese mal moral que tanto le cuesta admitir al hombre con- temporáneo, acostum- brado a relativizar la ética hasta despojarla de sus más esenciales raíces objetivas.

Nadie sino Dios puede juzgar moralmente a un ser humano -incluso al terrorista- porque sólo El penetra la intimidad de las conciencias. Pero lo im- portante es no debilitar la enérgica condena ética, jurídica y política del terro- rismo, reduciendo sus móviles a patologías demenciales, aunque a veces se sirva parcial- mente de éstas.

Detrás del terrorismo hay cerebros muy lúcidos al servicio del mal moral, expresado preponderan- temente en utopías anti- naturales y totalitarias o en la distorsión de acep- tar que el fin justifica los medios. No confundamos las enfermedades de la mente con las enferme- dades del alma.